

Pequeña historia de un proceso no lineal. Cómo el catecumenado se convirtió en inspiración para la catequesis

Marco Gallo¹

Resumen

Este artículo analiza el camino no lineal que llevó al reconocimiento del catecumenado como fuente de inspiración para la catequesis. Se examinan tres aspectos clave: el nacimiento de la catequesis kerigmática, la publicación del “Ritual de Iniciación Cristiana de adultos” (RICA) y el eclipse de la liturgia en la catequesis después del Concilio. Asimismo, se realiza una lectura de los tres Directorios (1971, 1997 y 2020) y se plantean unas preguntas abiertas sobre la naturaleza de la liturgia. El RICA, publicado en 1972, marcó un hito al presentar un proyecto de camino comunitario para la iniciación cristiana que iba más allá de los ritos bautismales. Este enfoque abarcaba todo el proceso del catecumenado como un aprendizaje de la vida cristiana extendido en el tiempo. Además, se analiza la influencia del contexto de las misiones y las periferias, donde la restauración del catecumenado de adultos se consideraba esencial. Asimismo, se destaca el papel del movimiento litúrgico en el redescubrimiento teológico de la celebración como acto primario para el nacimiento y la vida de la fe. Sin embargo, después del Concilio, se produjo un “eclipse litúrgico” entre 1965 y 1995, donde la catequesis y la liturgia evolucionaron por caminos separados. El artículo relata la historia no lineal del proceso que condujo al reconocimiento del catecumenado como una fuente inspiradora para la catequesis y destaca la necesidad de continuar reflexionando sobre su significado y su relación con la liturgia.

Palabras clave

Directorios para la catequesis, catecumenado, catequesis, renovación litúrgica

1 Presbítero. Diócesis de Saluzzo (Italia). Instituto teológico de Fossano. Su investigación principal se centra en los sacramentos y en la liturgia.

Introducción: Un camino no lineal

El *Directorio General para la Catequesis* (2020), en el número 65, no puede ser más explícito:

“La catequesis en clave kerigmática y misionera requiere una pedagogía de iniciación inspirada en el itinerario catecumenal, que responda con sabiduría pastoral a la pluralidad de situaciones. En otras palabras, según un significado que ha ido madurando en diversas Iglesias, se trata de la catequesis de iniciación a la vida cristiana. Se trata de un itinerario pedagógico, ofrecido en la comunidad eclesial, que conduce al creyente al encuentro personal con Jesucristo a través de la Palabra de Dios, la acción litúrgica y la caridad, integrando todas las dimensiones de la persona, para que crezca en la mentalidad de la fe y sea testigo de la nueva vida en el mundo” (DC 65).

¿Estamos ante un hecho notable o ante una fascinación reciente que será pasajera? Veremos cómo hemos llegado a una formulación tan equilibrada y cuál es el valor de este reconocimiento del proceso catecumenal como inspirador de toda catequesis, “entendida desde un punto de vista kerigmático y misionero”. Nuestra intervención se organizará en cuatro partes:

- El nacimiento de la catequesis kerigmática y la publicación del OICA
- El eclipse de la liturgia en la catequesis después del Concilio.
- Una breve lectura de los tres Directorios (1971, 1997 y 2020).
- Preguntas abiertas sobre la naturaleza de la liturgia.

Anticipando la hipótesis de nuestro itinerario, intentaremos mostrar que uno de los acontecimientos más innovadores de la historia eclesial reciente, la publicación del OICA, y su “precipitado teórico”, la invención de la noción moderna de iniciación cristiana, necesitan todavía hoy mucho trabajo práctico y reflexivo para desplegar todo su significado. Vamos a recorrer una historia que no ha sido lineal, sino llena de giros y sorpresas. Parece tener la forma de un laberinto más que de un camino

ancho. Un laberinto, una fascinante (falsa) metáfora, ante la que Roland Barthes diría que la verdadera pregunta no es “¿qué es un laberinto?” sino más bien: “¿dónde empieza?”.

1. Un hecho inédito

1.1. No sólo un ritual, sino una dinámica inspiradora

El 6 de enero de 1972 se promulgó el *Ordo Initiationis Christianae Adoltorum*. Fue un acontecimiento sin precedentes en la historia del cristianismo, que por primera vez disponía de un libro oficial con todas las diferentes etapas del proceso catecumenal de adultos. Igualmente, inédita fue la decisión, tres años antes, el 15 de mayo de 1969, de publicar el *Ordo Baptismi Parvulorum*, el primer ritual explícitamente dedicado al bautismo de niños (como pedía SC 67).

La novedad de Pablo VI, sin embargo, no termina con el hecho de haber publicado dos libros distintos, atentos a las realidades que se celebraban. El factor que hace verdaderamente novedosa esta reforma reside en el hecho de que, especialmente en el hecho de que, sobre todo en el OICA (pero también por reflejo en el ritual para niños), no sólo se contenga el rito, sino todo un proyecto de camino comunitario, realizado por etapas, cuyos tiempos no son principalmente liturgias, ciertamente presentes y numerosas, sino todo un proceso. Se podría decir que, siguiendo el mandato de *Ad Gentes* 14, con estos rituales se crea un concepto de iniciación cristiana que va mucho más allá del de la Iglesia antigua, que la hacía coincidir con los ritos bautismales (como sinónimo de “iluminación”). En el nuevo ritual, la iniciación abarca el propio catecumenado, y vincula todo el proceso como un aprendizaje de la vida cristiana extendido en el tiempo. Rápidamente fue acusado de arqueológico -por el

2 “El laberinto es quizás una metáfora falsa, en la medida en que su forma es tan actual, tan omnipresente, que en ella la letra prevalece sobre el símbolo: el laberinto genera historias, no imágenes. El seminario terminó, no con una conclusión, sino con una nueva pregunta: no ¿qué es un laberinto? ni siquiera ¿cómo salir de él?, sino más bien: ¿dónde empieza un Laberinto? Esto nos remite a una epistemología (actual, al parecer) de consistencias progresivas, umbrales, intensidades”. R. Barthes, *La preparación de la novela*, Siglo XXI, Buenos Aires 2005.

hecho de estar compuesto de ritos extraídos de las grandes fuentes patrísticas- pero el OICA se revela en cambio cada vez más claramente como un nuevo mosaico que ordena las antiguas teselas de un modo muy adecuado al contexto postmoderno, en el que es evidente que la fe sólo puede recibirse como un baño de vida cristiana, como un aprendizaje. El anuncio del corazón de la fe se contiene de forma práctica y dinámica en un proceso que puede imaginarse como acompañamiento de toda la vida del creyente, y como regeneración de la comunidad que lo acoge. Sin ritual, es más que evidente que careceríamos no sólo de modelos de celebración, sino también de toda una dinámica inspiradora.

1.2. Misiones y periferias: “el aire (ya) no es cristiano”.

“Restáurese el catecumenado de adultos dividido en distintas etapas, cuya práctica dependerá del juicio del ordinario del lugar; de esa manera, el tiempo del catecumenado, establecido para la conveniente instrucción, podrá ser santificado con los sagrados ritos, que se celebrarán en tiempos sucesivos” (SC 64).

El camino que llevó a los Padres conciliares a pedir la restauración del antiguo catecumenado de adultos nació de la convergencia en una misma sensibilidad de dos mundos muy diferentes: el de los llamados “países de misión” y el otro, occidental, de las grandes ciudades industriales.

En África, América del Sur y Oriente, para los obispos de las nuevas Iglesias misioneras, la fragilidad de la práctica de bautismos demasiado rápidos era evidente desde hacía siglos³. Para ellos era evidente que incluso una prolongación del tiempo de formación no habría sido suficiente, pero percibieron la necesidad de ofrecer a los catecúmenos lo que leían en las prácticas de los Padres. A lo largo de los siglos, fueron muchos los intentos de pedir a Roma la posibilidad de dividir el camino en etapas y ritos. Fue en este debate donde se acuñó la palabra “catecumenado”, un término desconocido en la época patrística. Si en 1866 el Santo Oficio⁴ había prohibido explícitamente la celebración de

3 La historia está bien narrada en M. Dujarier, *Breve Historia Del Catecumenado*, DDB, Bilbao 1987.

4 J. Christiaens, “L’organisation d’un catéchuménat au 16e siècle”, *La Maison-Dieu* 58 (1959) 71-82, 81.

los ritos del catecumenado y del bautismo en tiempos diferentes, justo antes del Concilio, en 1962 la Congregación de Ritos lo había permitido, en siete etapas, curiosamente desconectadas del año litúrgico y sin la confirmación y la eucaristía entre ellas. La cuestión era aún frágil desde el punto de vista teológico y fragmentaria en relación con la práctica pastoral y litúrgica.

A este asunto extraeuropeo se añadió la nueva situación pastoral de principios del siglo XX, sobre todo para las parroquias de las zonas urbanas. A estas parroquias acudían muchas personas procedentes de las masas rurales, que habían perdido los vínculos con sus comunidades y familias de origen, no habían sido bautizadas y, a menudo con ocasión de su matrimonio, intentaban recuperar una relación, incluso sacramental, con la Iglesia de las ciudades.

El proceso que condujo a la toma de conciencia del reto que se planteaba tuvo lugar, sin duda, en primer lugar, en el mundo de la catequesis. Fue allí donde maduró la conciencia del enorme cambio eclesial y cultural en curso, que desplazó la cuestión de lo pedagógico (“cómo hacer catequesis”) a la naturaleza misma de la acción (“qué anunciar”). Pensamos aquí en la corriente kerigmática de la catequesis, ese enfoque que, a partir de los años treinta, se tomó en serio los signos del fin de la *christianitas* (cristiandad) En palabras de Joseph Andreas Jungmann, el “aire ya no era cristiano” y la tarea de la catequesis se leía no sólo como una explicación de las verdades de fe ofrecidas por la ciencia teológica, sino como la capacidad de llevar a cabo el acto mismo de fe. “Das Dogma sollen wir verkennen, verkünden müssen wir das Kerygma” (“debemos conocer el dogma, pero debemos proclamar el kerigma”): se abrió todo un nuevo campo de trabajo sobre la naturaleza de la catequesis. Las fronteras entre el kerigma -primero concebido como un acto específico previo a la catequesis- y la catequesis propiamente dicha, se hicieron más fluidas.

5 J. A. Jungmann, *Die Frohbotschaft und unsere Glaubensverkündigung*, F. Pustet, Regensburg 1936, 60, en U. Lorenzi, *L'héritage du renouveau catéchétique et le caractère performatif de la Parole en catéchèse*, Paris 2007, 220.

2. La invención de la iniciación cristiana y el eclipse de la cuestión litúrgica

2.1. El movimiento litúrgico

La investigación catequética encontró como formidables aliados en este proceso, con enriquecimiento recíproco, tanto al movimiento bíblico (que llevó al redescubrimiento teológico de la Escritura como ámbito vivo para el encuentro con Dios) como al movimiento litúrgico.

Dos fueron las principales aportaciones del movimiento litúrgico: el trabajo teórico y la investigación sobre las fuentes antiguas. Con Guardini, Casel y, decisivamente por su contribución a los documentos conciliares, Vagaggini, toma forma una teología que entiende la celebración como acto primario para el nacimiento y la vida de la fe, y ya no sólo como manifestación de la virtud de la religión o como lugar de recepción de la gracia sacramental. Por otra parte, al reeditar con gran esfuerzo filológico los textos de los Padres, el movimiento litúrgico descubrió en el modelo patrístico del gran catecumenado un recurso ya preparado, siempre conocido, pero neutralizado durante muchos siglos por la práctica pastoral y ritual.

Si la referencia es por tanto clásica y conocida desde tiempos inmemoriales, debe quedar claro que la teología de la iniciación cristiana es un descubrimiento absolutamente reciente y nuevo. Se admite generalmente que es en el conocido estudio de monseñor Louis Duchesne, *Origines du culte Chrétien* (1889), donde se da la primera aparición del término iniciación cristiana⁶; el padre dominico Pierre-Marie Gy estaba convencido de ello⁷. En el capítulo IX del texto de Duchesne, que trata del bautismo, la confirmación y la primera

6 L. Duchesne, *Origines du culte chrétien. Étude sur la liturgie latine avant Charlemagne*, E. De Boccard, Paris 1920.

7 P. M. Gy, "La notion chrétienne d'initiation. Jalons pour une enquête", *La Maison-Dieu* 132/4 (1977) 33-54. Es interesante leer todo el número 2/2007 de *La Maison-Dieu*, sobre "La noción de iniciación cristiana, su redescubrimiento, su fecundidad", que reedita nueve estudios clásicos publicados de 1946 a 1997 en la misma revista y da así la oportunidad de reconstruir con gran eficacia la invención de esta categoría teológica.

comunión, encontramos por primera vez una lectura histórica unitaria de los sacramentos, que iba a tener un gran éxito después, según la expresión “Iniciación cristiana”. Retomada en textos célebres de Dom Lambert Beauduin, luego de Antoine Chavasse, la categoría muestra su fertilidad, pues es capaz de mover la reflexión sobre la relación entre fe y sacramentos, al principio endurecida por la polémica antiprottestante sobre la eficacia sacramental.

Las intersecciones con los estudios sobre las analogías del culto cristiano con las prácticas místicas paganas (Casel, en particular) enriquecerán su complejidad. A esto hay que añadir la perspectiva de la relectura del Bautismo en relación con el misterio pascual, en particular por Louis Bouyer, precisamente en los años en que Pío XII perseguía la reforma de la Semana Santa. El resultado es una lectura teológica y práctica del acontecimiento del devenir cristiano tan fuerte que se convertirá, como veremos, cada vez más claramente en la inspiración de toda la catequesis de la Iglesia.

2.2. El eclipse litúrgico

Tras el espacio tan significativo que el tema encontró en los documentos del Concilio, estudios recientes⁸ muestran cómo se interrumpió este prometedor comienzo. El mundo de la catequesis y el de la propia liturgia, de hecho, fueron absorbidos en un momento de necesaria maduración de su trabajo, sin que desgraciadamente se supieran destacar sus necesarias y prácticas conexiones. Por lo que respecta a la catequesis en particular, el giro antropológico (y existencial) acaparó todos los temas e intereses, hasta el punto de que podemos hablar, explícitamente al menos en Francia, de un “eclipse litúrgico” entre 1965 y 1995. Por supuesto, existe una continuidad virtuosa entre el giro kerigmático-litúrgico preconciiliar y el giro antropológico post-conciiliar, pero este vínculo no siempre ha madurado de forma lineal:

“La desaparición de la reforma litúrgica del movimiento catequético es un indicador de la falta de influencia recíproca entre los movimientos

8 S. Pindiyan, *Catéchèse et liturgie. Étude historique et théologique. À partir de Françoise Derkenne, d'Hélène Lubienska et du renouveau catéchétique du XXIe siècle en France*, Paris 2016.

litúrgico y catequético, de modo que catequesis y liturgia parecen evolucionar por dos caminos que se desconocen mutuamente⁹.

Así concluye Pindiyan, teólogo del ISPC, que ha estudiado a fondo esta fase. Según la hermosa relectura de André Fossion¹⁰, fue necesario un tiempo de sedimentación para que fuera posible un modelo más maduro, en el que el anuncio kerigmático-litúrgico, antropológico y profético-histórico pudieran armonizarse sin perder sus respectivas aportaciones.

3. Continuar el camino

3.1. Los tres Directorios para la catequesis: 1971, 1997, 2020

Para mostrar hasta qué punto ha madurado en los últimos años el vínculo entre catequesis y liturgia, leeremos una tras otra las tres ediciones de este documento particular, prescrito por el Concilio (*Christus Dominus* 44¹¹), como texto que intenta objetivar los componentes del anuncio que la Iglesia reconoce como propios. El primero de 1971 (*Directorio Catequético General*) y el segundo de 1997 (*Directorio General para la Catequesis*) están firmados por la Congregación para el Clero y el último, de 2020 (*Directorio para la Catequesis*), ha sido elaborado por el nuevo Consejo Pontificio para la Promoción de la Nueva Evangelización.

El primer Directorio, aprobado por Pablo VI, tenía la tarea de dar una primera sistematización a la enseñanza emanada del Concilio, con el mandato de elaborar una síntesis del contenido fundamental de la fe católica (capítulo III, El mensaje cristiano). Se trata de un documento

9 S. Pindiyan, “`Questione liturgica´ e catechesi: l’inflazione antropologica”, *Rivista di Pastorale liturgica* 326/1 (2018) 66-74, 72.

10 A. Fossion, “Les grands modèles catéchétiques”, en *Thabor. L’Encyclopédie des catéchistes*, Desclée, Paris 1993, 136-140.

11 CD 44: “Hágase, además, un directorio especial sobre el cuidado pastoral de cada grupo de fieles, según la idiosincrasia de cada nación o región; otro directorio sobre la instrucción catequética del pueblo cristiano, en que se trate de los principios y prácticas fundamentales de dicha instrucción y de la elaboración de los libros que a ella se destinen. En la composición de estos directorios tén-ganse también en cuenta las sugerencias que han hecho tanto las comisiones como los Padres conciliares”.

que capta con cierta linealidad la misión creadora del anuncio en un contexto de cambio acelerado (DCG 2), clarificando la naturaleza, la finalidad y la eficacia de la catequesis. Se especifica el ámbito eclesial de la catequesis y se reconoce claramente la catequesis de adultos como “la principal forma de catequesis” (DCG 20). El catecumenado, mencionado seis veces en el texto, en particular en el n. 130, se identifica como “un ejemplo notable de tal institución que nace de la colaboración de diversas tareas pastorales”: catequesis, participación litúrgica y vida comunitaria, un itinerario espiritual que permite un cambio de mentalidad y de moral.

Muchos factores influyeron para que fuera necesario, con la aprobación de Juan Pablo II, publicar una segunda edición del Directorio en 1997, sobre todo la publicación del Catecismo de la Iglesia Católica, terminado ese mismo año. En el texto, el catecumenado se menciona cuarenta y cinco veces (y trece en las notas), pero sobre todo en el n. 59, se dice que “el modelo de toda catequesis es el catecumenado bautismal. Esta formación catecumenal debe inspirar las demás formas de catequesis en sus objetivos y su dinamismo”.

El *Directorio* cita el Mensaje del Sínodo de los Obispos de 1977. Como se ve, en la misma formulación se mantiene la fuerte categoría de “modelo” y el deseo de que “inspire” toda la catequesis. En el n. 61 se presenta la clara diferencia entre el primer anuncio (kerigmático), que se dirige a los no creyentes y a los que viven en la indiferencia religiosa y tiene como objeto el anuncio del Evangelio y la llamada a la conversión, y la catequesis, que desarrolla y lleva a la madurez la conversión para la incorporación eclesial. Las dos acciones están llamadas la una a la otra y son distintas, pero en la acción pastoral “límites entre las dos acciones no se definen fácilmente” (n. 62). La invitación a dejarse inspirar vuelve también a los números 62, 68, 90 y especialmente al 91. Aquí, la inspiración catecumenal se expresa en cinco dimensiones: el carácter de la iniciación a los sacramentos, la implicación de toda la comunidad, la centralidad del misterio pascual, la atención a la inculturación y su dinámica gradual en etapas definidas.

Por último, en el más reciente Directorio para la catequesis de 2020, necesario tras algunas opciones significativas por parte de los últi-

mos Sínodos de los Obispos y del magisterio del Papa Francisco, es evidente el intento de reescribirlo todo a partir del primado de la evangelización -más allá de los dos nuevos desafíos que la presentación cita como motivos de esta renovada redacción del documento: lo digital y la globalización de la cultura. Aunque hay menos citas del catecumenado, el lenguaje se ha afinado en continuidad con el texto de 1997, que hablaba, como ya he dicho, del “modelo catecumenal”. En los números 61-65, se habla explícitamente de “inspiración catecumenal”. Mientras que en 1997 modelo e inspiración iban unidos, el nuevo Directorio prefiere no utilizar el término “modelo” en favor de una relación más matizada: el catecumenado no debe reproducirse como tal en todas las catequesis, pero su estilo y su dinamismo formativo se indican como inspiradores de todo acto de anuncio de la fe. En el n. 64 se enumeran seis elementos de esta inspiración: el carácter pascual, iniciático, litúrgico, ritual y simbólico, la comunidad, la conversión permanente y el testimonio, y la progresividad en la experiencia formativa. La relación entre kerigma y catequesis se lee como una “relación íntima” (n. 57-60), sin que sea posible leer el primer anuncio como una precatequesis, “sino más bien como la dimensión constitutiva de cada catequesis” (n. 58-69). sino más bien como la dimensión constitutiva de cada momento de la catequesis”.

En esta breve sinopsis, es evidente que el lenguaje del Magisterio se ha vuelto más preciso y sobrio, decididamente más consciente del fin de la cristiandad (“cambio de época”), y de la vocación de la Iglesia a estar atenta a los procesos, más que preocupada por los espacios que ocupa (o pierde).

3.2. Del modelo a la inspiración

¿Qué valor tiene este paso de la palabra “modelo” a “inspiración”? No es difícil leer en él una clara continuidad con la elección de una formulación más flexible, en la que el proceso catecumenal se considera como una dinámica y una mentalidad, más que como un sistema pastoral ideal que hay que reproducir constantemente.

Es posible leer en ella una teología de la iniciación cristiana como práctica misionera que estructura y define a la Iglesia, con una arti-

culación entre misión, kerigma y catequesis. El kerigma se convierte así no sólo en el centro del primer anuncio (DGC 1997, n. 61), sino, en un sentido más amplio, en una parte constantemente repetida de todo acto de fe. Esto ha llevado, por ejemplo, a Enzo Biemmi a distinguir la misma catequesis kerigmática en “primer” y “segundo primer anuncio”: el anuncio del rostro de un Dios “deseable¹²” no es sólo una precatequesis, sino el corazón mismo de toda acción eclesial, cada vez declinada en un lenguaje distinto -un dialecto, como diría el Papa Francisco- en la pastoral de preparación al matrimonio, en los actos de penitencia y conversión tras una caída personal o comunitaria, en el acompañamiento de los jóvenes a su vocación. “Se trata de considerar la vida humana como el alfabeto de Dios”, dice Biemmi¹³. Esta toma de conciencia nos lleva a imaginar la acción pastoral como menos lineal, pero siempre nueva en su diálogo con cada cultura y contexto, y la pastoral eclesial como interior a la Revelación.

4. La liturgia busca su lugar

4.1. Los cristianos no tienen “ritos de paso”

Partiendo de un pequeño error, presente en el Directorio de 2020, veremos cuán imprecisa sigue siendo la referencia a la liturgia. En el n. 63, donde se menciona específicamente el restablecimiento post-conciliar del catecumenado y su estructura en cuatro etapas, el texto afirma: “Los ritos de paso entre los períodos evidencian el carácter gradual del itinerario formativo del catecúmeno”. En la nota a pie de página sobre la expresión, se hace referencia al n. 6 del RICA, citando:

“Tres, pues, son los grados, pasos o puertas, que han de marcar los momentos culminantes o nucleares de la iniciación. Estos tres grados se marcan o sellan con tres ritos litúrgicos: el primero, por el rito de Entrada en el catecumenado; el segundo, por la Elección, y el tercero, por la celebración de los sacramentos. [Al final de su preparación espiritual, los catecúmenos reciben los sacramentos por los que todo cristiano es iniciado]”.

12 A. Fossion, *El Dios deseable. Un impulso hacia la fe*, Sal Terrae, Santander 2022.

13 E. Biemmi, “La perspective missionnaire. Une clé pour la conversion de la catéchèse et de la pastorale”, en E. Biemmi - H. Derroitte (eds.), *Catéchèse, communauté et seconde annonce*, Lumen Vitae, Namur 2014, 94.

Aunque el RICA no habla en este tema de “ritos de paso”, sino de tiempos o períodos o etapas marcados por celebraciones litúrgicas, ¿es realmente posible utilizar esta expresión técnica para indicar el rito de entrada en el catecumenado, la llamada decisiva y, sobre todo, los sacramentos? ¿Por qué es errónea esta formulación y qué teología del culto subyace en ella? En efecto, se trata de una inexactitud que afecta a todo el discurso sobre la liturgia en el Directorio.

El término “rito de paso” se utiliza para referirse a la transformación ritual-simbólica de la identidad de ciertos individuos en un momento dado por otros de la misma comunidad. La naturaleza de estos ritos, según la antropología cultural, ha sido brillantemente resumida por Hameline¹⁴, refiriéndose al conocido estudio de Van Gennep, *Les rites de passage* (1909): un paso no se hace en un momento, sino en tres”. Los tres momentos son: separación, margen (o limen) y reintegración, o, en la relectura de Turner: preliminar, liminal y postliminal. En este modelo, el lenguaje ritual es el de un acontecimiento denso, una representación que simboliza lo social y lo reestructura, confirmándolo.

No cabe duda de que se pueden reconocer afinidades y analogías con el proceso de iniciación cristiano. También en este caso hay un cambio puntual que se produce en un proceso de apartamiento (entrada en el catecumenado), liminalidad (tiempo del catecumenado) y reintegración (bautismo). Antes de los ritos, hay una identidad, después otra: las liturgias habitan una continuidad hecha de discontinuidad, de grados, de saltos.

Sin embargo, la analogía debe señalar también una diferencia esencial. Como ha mostrado magistralmente Casel en sus estudios, en los ritos cristianos, en comparación con los misterios griegos, el misterio del culto, la memoria objetiva de la acción de Cristo, mantiene una relación delicada con el asentimiento de la conciencia de los creyentes, muy distinta de la de los misterios griegos y de la antropología cultural. Somos iniciados, no porque se nos haga consciente

14 J.-Y. Hameline, “Les rites de passage d’Arnold Van Gennep”, *La Maison- Dieu* 228/4 (2001) 7-39, 14.

de un contenido antes desconocido, sino porque entramos en un pensamiento total, al que no nos resistimos (obex), y que permanece siempre un misterio como precedente del don de Dios, al que sólo accedemos a través de los ritos.

En el catecumenado católico, hay una experiencia inmediata, también ritual, que no pretende ser un acontecimiento de paso, sino -como muestra eminentemente su último umbral eucarístico- más bien el aprendizaje de gestos que hay que repetir una y otra vez, posturas que hay que aprender y hacer propias. Incluso en los ritos que no se repiten (bautismo, confirmación, pero también los menores como la entrada en el catecumenado y la elección), la estructura es tal que permite a quien los recibe revivirlos siempre como una dinámica de entrada en el misterio pascual de Cristo (en la medida en que es el Bautismo cuyo sentido retomamos en todos los gestos de la penitencia). Vivirlos como “ritos de paso” es ya la debilidad habitual de los cursos de iniciación para niños y jóvenes, a los que desgraciadamente se prepara a menudo para la “primera confesión/comunión”, en lugar de aprender a vivir estos dos sacramentos haciéndolos suyos, o la Confirmación como último rito, colocado al final del curso de forma problemática: nos damos cuenta de que entonces es arriesgado concentrarse en el acontecimiento y no en el aprendizaje de la vida cristiana.

4.2. ¿Liturgia y oración?

Esta tendencia a menospreciar el lenguaje litúrgico como medio de pasajes significativos se corresponde con otro defecto importante del Directorio relativo a la liturgia. En el número 79, cuando se enumeran las tareas de la catequesis, la celebración del Misterio y la oración aparecen por separado. ¿Qué significa leer la celebración del Misterio y la oración por separado? *Sacrosanctum Concilium* supo leer su conexión (SC 14) y su diferencia (SC 12) sin separación. El texto del Directorio, en cambio, no entiende la liturgia como una escuela de oración de la que se aprende incluso la oración personal. La liturgia es tratada como una de las formas de la espiritualidad, no como una forma en sí misma. Esta vaguedad se repite, como bien ha señalado Elena Massimi, cuando el Directorio

se refiere a la forma de belleza del anuncio. En el n. 109 habla del “increíble e inmenso patrimonio litúrgico y artístico de la Iglesia”:

“¿A qué nos referimos? ¿A la belleza de los edificios eclesiásticos, de los objetos, de los ornamentos litúrgicos? Tal vez habría sido mejor mencionar cómo la liturgia se compone de lenguajes del arte, cómo la belleza de la liturgia está en su epifanía de Cristo, y tal vez mencionar el arte de celebrar y los lenguajes del arte en la liturgia¹⁵”.

La belleza y particularidad de la liturgia es que da forma al tiempo, rescatándolo de la dispersión del día y de la semana, del año y de la vida personal. La belleza en la que está inmerso el proceso de iniciación consiste en saber recomenzar una y otra vez, teniendo en cuenta la errancia del ser humano, incluso en relación con la culpa, la enfermedad y la muerte. Su belleza consiste en nombrar y saber relanzar la pasión y la vocación, liberando las relaciones. La liturgia se vacía y se descarta si sólo desempeña el papel de organizadora de acontecimientos o si se disuelve en los múltiples lenguajes espirituales. Estas vacilaciones muestran que la luz verdaderamente edificante de los siglos XX y XXI respecto a la dimensión iniciática de la acción de la comunidad creyente corresponde a un diálogo complejo que debe relanzarse siempre entre catequesis y liturgia.

Conclusión

La historia reciente del papel del RICA en relación con la práctica de la catequesis y la misión eclesial muestra que esta última nunca es una acción lineal, como cuando uno se aventura en un laberinto, con movimientos de ida y vuelta y el riesgo constante de perderse. Sin embargo, el hilo conductor de Ariadna sigue siendo la propia práctica ritual, que genera narraciones y no imágenes.

15 E. Massimi, “La dimensione mistagogica della vita cristiana e la catechesi nel Direttorio”, *Catechetica ed educazione* 6/2 (2021) 89-102, 101.